

José Antonio Garriga Vela, *Pacífico*, Barcelona, Anagrama, 2008

Patrizia Guglielmetti
UNIVERSITÀ DI GENOVA

José Antonio Garriga Vela, autor barcelonés actualmente residente en Málaga, es conocido por sus obras de teatro, sus relatos y sus novelas, entre otras *Una visión del jardín* (1985), ganadora del Premio Jaén de Novela 1996 y *Los que no están* (2001), ganadora del Premio Alfonso García Ramón de Novela 2001. Su vuelta a la escena literaria se produce con *Pacífico*, una estupenda novela que parece un largo relato familiar. El libro está escrito en primera persona, pero no se encuentra nada de autobiográfico en la obra, como ha subrayado el autor muchas veces. *Pacífico* es la historia de una familia perseguida por la desgracia. Primero el padre tiene una relación extraconyugal con una mujer más joven que él; la madre empieza a salir con su vecino de casa; Sebastián, el hermano del narrador, se casa con la chica que siempre había gustado a este último y tras tener una hija lo acusan de violencia sexual sobre ella y lo envían a la prisión. El narrador explica:

Una extraña maldición parecía haber condenado a los hombres de mi familia a vivir solos y errantes, aislados de la sociedad, perseguidos por sus propios fantasmas (p. 13).

Tanto que el padre le dice “Nosotros, hijo, somos dueños de la desgracia” (p. 13). En efecto, todo lo que sucede aísla a los familiares uno a uno. Al narrador le parece increíble como el mundo de cada uno de nosotros es tan limitado. Todos los acontecimientos hasta este punto de la narración tienen como protagonistas seis personas, y poco otros se añaden en el curso del relato. La familia está descrita como un lugar seguro, a pesar de las desgracias que afectan a este núcleo particular. Más adelante, el autor utiliza una metáfora para hablar de los parentescos:

Había comenzado a llover. Mi padre observaba las gotas deslizarse sobre el cristal de la ventana, unirse unas con otras, fundirse, relevarse y finalmente desaparecer. Así funcionaban las relaciones personales (p. 109).

Todos los personajes de esta novela se alejan, de una manera u otra, de su papel inicial. El padre traiciona a su mujer; ésta a su vez se aleja un poco de sus hijos para tener una relación con otro hombre; el hermano del narrador, acusado injustamente, se aleja del mundo convirtiéndose en invisible, desapareciendo tanto físicamente como interiormente. El narrador es el único aparentemente ajeno a la desgracia y el solo que se aleja de todos para

contarnos sus historias. No es el protagonista porque el relato no gira a su alrededor, sino que todos tienen un papel. El narrador entiende la maldición de su familia y espera la desdicha: “Yo tenía la sensación de participar con mi familia en una carrera de relevos, cualquier día me podían pasar a mí el testigo de la desgracia” (p.129).

Esta última palabra recurre varias veces a lo largo de la novela. Los personajes que pueblan el libro no saben reaccionar, aceptan pasivamente lo que les está ocurriendo, como hace por ejemplo el hermano: “Mi hermano aceptó la desgracia como si se tratara de una catástrofe inevitable” (p. 122). Al principio, el narrador espera ansioso que le ocurra algo malo, sabe que tiene que sentirse desdichado para poder convertirse en escritor. Nunca relaciona esta profesión con la capacidad de inventar historias o de saber escribir bien:

Yo también viviría solo y atormentado si quería llegar a ser un novelista de prestigio y ocupar las portadas de los periódicos cuando muriese. Ése era el único camino hacia la gloria. ¿Acaso existía en el mundo un gran escritor que se declarara feliz? (p. 45).

Afirma que se sentiría contento si fuera infeliz. Afortunadamente, o tal vez desgraciadamente para él, la desdicha tan común en su familia no lo roza, al contrario está contento de su vida: “Me daba vergüenza reconocerlo, porque ese sentimiento era incompatible con mi vocación literaria” (p. 117). Entonces el narrador deja de desear la desdicha y empieza a temer, como todos los que son felices, la fin de la alegría:

Era feliz [...]. Lo único que me inquietaba era el miedo a que la felicidad se viera truncada por cualquier desastre que de pronto cambiara el signo de mi vida (p.130).

A pesar de los acontecimientos malos que se desarrollan en esta familia, todos aceptan su destino con resignación y la habilidad del escritor reside en su capacidad de presentar los hechos de manera seria, pero al mismo tiempo divertida. El humor de estas páginas se podría tranquilamente definir “humor negro”. La comicidad está estrictamente relacionada con la muerte:

Yo descubrí el peligro el día en que mi madre asesinó al globo. [...] De pronto, sin mediar palabra, con un gesto repentino y violento, apuñaló el globo con el cuchillo de cortar el pan. [...] Aquella fue la primera vez que presencié un asesinato y que mi indolencia causaba una desgracia (p. 19).

Los sucesos relatados son historias personales que conciernen los individuos pertenecientes a la familia del narrador. El autor relaciona los momentos de felicidad de la familia a eventos públicos, fundamentales para el mundo en general: “El día 2 de julio de 1961, mientras mi hermano y yo hacíamos la Primera Comunión, Ernest Hemingway se disparaba un tiro en la boca” (p. 9).

Los acontecimientos del mundo exterior no le interesan al núcleo familiar y viceversa. El marco histórico no tiene importancia, sirve sólo para equilibrar la alegría con la desgracia. Los personajes viven cada uno en su silencio, se relacionan poco entre sí y no conocen los deseos o las aficiones de los demás. Cuando Sebastián padece la acusa de haber violado a su hija nadie lo

defiende, ni siquiera él mismo intenta hacerlo. La desgracia de Sebastián quizás es la peor de todas: además de la injusticia de las acusaciones recibidas, nadie confía completamente en él. Incapaz de explicarse lo que había podido pasar a su hija, llega a pensar de ser verdaderamente culpable y decide callar en el tribunal. Después de dos años, cuando lo exculpan, él ya no existe, es como un fantasma: además de perder su libertad, Sebastián “estaría condenado a estar solo el resto de su vida. La desconfianza y la sospecha lo acompañarían siempre” (p. 172).

En los años transcurridos en la cárcel, Sebastián construye barcos en escala, en particular uno que se llama “Pacífico”, como el título de la novela. El autor, por medio de las palabras de un personaje explica que “Los mexicanos cuentan que el océano Pacífico no tiene memoria” (p. 88). Este barco que Sebastián regala a su hermano el día en que sale de la cárcel representa quizás su deseo de borrar el pasado, intento que no conseguirá nunca. La razón de su incapacidad de olvidar el pasado la explica el narrador hacia el final de la novela:

Los sentimientos no son barcos a escala. No se arreglan con pegamento. No se venden repuestos en las tiendas. No se pueden pedir por encargado. No se recuperan con una orden judicial (p. 171).

La manera divertida utilizada por Garriga Vela para narrar eventos tan tristes permite al lector explorar la vida personal de una familia participando con amistad y compasión a sus duelos.